

Plaza pública

para la edición del 10 de octubre de 1994

I María de los Angeles

Miguel Ángel Granados Chapa

En mayo de 1991, los doctores la expulsaron del gabinete, donde era secretaria de Pesca. O sea que persuadieron al Presidente de la República de transferirla a una posición secundaria en el poder legislativo. Ese resultado derivó de desacuerdos y fricciones en la gestión pública, pero también formaba parte de la disputa por la sucesión presidencial. Mutatis mutandis, se reprodujo entonces el desenlace que cinco años atrás, en junio de 1986, selló el destino de Jesús Silva Herzog y Carlos Salinas, colaboradores cercanos y queridos del Presidente de la Madrid, que se vio obligado a preterir al secretario de Hacienda en beneficio del de Programación y Presupuesto.

Los doctores eran (y son) Pedro Aspe, Jaime Serra Puche, José Córdoba y Ernesto Zedillo. Formaban un nudo indestructible de poder, por las materias de su competencia y su capacidad de influir en el Presidente Salinas, aptitud que en las cortes palaciegas ha solido ser invaluable. María de los Angeles Moreno Uriegas había sido elevada desde la subsecretaría de Programación y Presupuesto a la Secretaría de Pesca. No era la primera mujer en el gabinete presidencial (la distinción fue para Rosa Luz Alegría, en 1981) ni la única en este sexenio (pues compartía estelares, como se dice en la jerga de los



- 2 -

elencos artísticos, con María Elena Vázquez Nava, la contralora de la Federación), pero su biografía y su posición la hicieron sobresalir y chocar con los más fútiles representantes del neoliberalismo globalizador. No es que María de los Angeles fuera Rosa Luxemburgo, ni mucho menos. Pero se graduó en la Universidad Nacional y no completó su formación en los Estados Unidos sino en Holanda, signos que a la ortodoxia del régimen que agonizaba le parecían ^{ses pechosos} ~~obscuros~~. De modo que los desencuentros en las reuniones del gabinete económico proliferaron, hasta que los doctores, que manejaban Hacienda, Programación y Presupuesto, Comercio y la poderosa Oficina de la Presidencia, se impusieron y lograron su despido.

El Presidente Salinas lo arrojó a su colaboradora, como hizo De la Madrid con Silva Herzog, "a las tinieblas exteriores, donde es el llanto y el crujir de dientes", sino que la proveyó de una salida airada, al incluirla en las candidaturas legislativas que por entonces estaban siendo resueltas conforme al método tradicional que el vulgo llama, descomedidamente, dedazo. En aplicación del mismo recurso, en marzo de 1993 Salinas la ascendió a la jefatura de la mayoría priísta en la Cámara, aunque no tuviera carrera legislativa, ni se le permitiera en los meses previos la actuación brillante que su inteligencia y dedicación hubieran hecho posible. | |

El balance de su dirección legislativa no le fue favorable, pues menudearon los escándalos en la Cámara, por los arbitrarios cambios de opinión del

- 3 -

Ejecutivo; y porque se la obligó a imponer disciplinas que junto con el apresuramiento que es seña distintiva de San Lázaro y Xicotécatl degradan la condición de los congresistas. Si a eso se agrega que en abril resultara candidato uno de los doctores causantes de su salida del gabinete, se verá que la Cartera Política de María de los Angeles haya estado a punto de truncarse, o por lo menos del tomar derroteros distintos de los parlamentarios. Pero a ^{última hora,} ^{la insólita} renuencia de Jesús Salazar Toledano a figurar en la fórmula priista al Senado, por el Distrito Federal, junto con don Fernando Solana (no por reparos hacia éste, por supuesto, sino a causa de su respetable opinión sobre la tarea legislativa), abrió a María de los Angeles el camino a una nueva experiencia parlamentaria. Y la semana pasada, a raíz del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, quedó investida como secretaria general de su partido. |

| Esa designación debe ser atribuida a una de dos personas, el Presidente Salinas o el doctor Zedillo. Si este último decidió nombrarla, hay que aplaudir la flexibilidad de su carácter, capaz de admitir algún género de valer en alguien a quien descalificaba; o de reconocer que la urgencia del momento impone el ejercicio de una de las virtudes cardinales del príncipe, que es su capacidad de aglutinar a los diversos. |

| Pero en apariencia al menos, la posición del candidato presidencial triunfante se orientaba a nombrar a Esteban Moctezuma, su antiguo subsecretario en la SEP, y quien era ya secretario general adjunto, o sea el



-4-

primero en la línea de sucesión. Si en cambio el hombramiento fue para María de los Angeles, la decisión misma denuncia su fuente: la voluntad del Presidente Salinas, ^{en cuyo caso se ha e. una nueva interacción} para saber si obró en ^{consonancia} con Zedillo o alla luz de su propio interés, como lo hizo seis meses antes con Rulz Marín, ^{que entonces} fue tan bienvenido en el equipo zedillista como el frío en Acapulco.

■ Si daña a la salud pública que el Ejecutivo sea jefe de su partido y designe por lo tanto a sus líderes, mucho peor resulta que ese papel corresponda no al nuevo Presidente, sino al que desde su retiro o desde Ginebra pretenda aligerar sus nostalgias con reliquias de poder.

■ Y a otra cosa: ruego a los lectores tomar nota de que esta Plaza pública dejará de aparecer por unos días, para que todos descansemos.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

María de los Angeles

Graduada en la Universidad Nacional María de los Angeles Moreno no completó su formación en los Estados Unidos sino en Holanda, signos que a la ortodoxia del régimen que agoniza le parecieron sospechosos. De modo que los desencuentros en las reuniones del gabinete económico proliferaron.

En mayo de 1991, los doctores la expulsaron del gabinete, donde era secretaria de Pesca. O sea que persuadieron al presidente de la República de transferirla a una posición secundaria en el Poder Legislativo. Ese resultado derivó de desacuerdos y fricciones en la gestión pública, pero también formaba parte de la disputa por la sucesión presidencial. Mutatis mutandis, se reprodujo entonces el desenlace que cinco años atrás, en junio de 1986, selló el destino de Jesús Silva Herzog y Carlos Salinas, colaboradores cercanos y queridos del presidente De la Madrid, que se vio obligado a preterir al secretario de Hacienda en beneficio del de Programación y Presupuesto.

Los doctores eran (y son) Pedro Aspe, Jaime Serra Puche, José Córdoba y Ernesto Zedillo. Formaban un nudo indestructible de poder, por las materias de su competencia y su capacidad de influir en el presidente Salinas, aptitud que en las cortes palaciegas ha solido ser invaluable. María de los Angeles Moreno Uriegas había sido elevada desde la subsecretaría de Programación y Presupuesto a la Secretaría de Pesca. No era la primera mujer en el gabinete presidencial (la distinción fue para Rosa Luz Alegría, en 1981) ni la única en este sexenio (pues compartía estelares, como se dice en la jerga de los elencos artísticos, con María Elena Vázquez Nava, la contralora de la Federación), pero su biografía y su posición la hicieron sobresalir, y chocar con los más nítidos representantes del neoliberalismo globalizador. No es que María de los Angeles fuera Rosa Luxemburgo, ni mucho menos. Pero se graduó en la Universidad Nacional y no completó su formación en los Estados Unidos sino en Holanda, signos que a la ortodoxia del régimen que agoniza le parecieron sospechosos. De modo que los desencuentros en las reuniones del gabinete económico proliferaron, hasta que los doctores, que manejaban Hacienda, Programación y Presupuesto, Comercio y la poderosa Oficina de la Presidencia, se impusieron y lograron su despido.

El presidente Salinas no arrojó a su colabo-

radora, como hizo De la Madrid con Silva Herzog, "a las tinieblas exteriores donde es el llanto y el crujir de dientes", sino que la proveyó de una salida airosa, al incluirla en las candidaturas legislativas que por entonces estaban siendo resueltas conforme al método tradicional que el vulgo llama, descomedidamente, dedazo. En aplicación del mismo recurso, en marzo de 1993 Salinas la ascendió a la jefatura de la mayoría priísta en la Cámara, aunque no tuviera carrera legislativa, ni se le permitiera en los meses previos la actuación brillante que su inteligencia y dedicación hubieran hecho posible.

El balance de su dirección legislativa no le fue favorable, pues menudearon los escándalos en la Cámara, por los arbitrarios cambios de opinión del Ejecutivo; y porque se la obligó a imponer disciplinas que junto con el apresuramiento que es seña distintiva de San Lázaro y Xicotécatl degradan la condición de los congresistas. Si a eso se agrega que en abril resultara candidato uno de los doctores causantes de su salida del gabinete, se verá que la carrera política de María de los Angeles haya estado a punto de truncarse, o por lo menos de tomar derroteros distintos de los parlamentarios. Pero a última hora, la insólita renuencia de Jesús Salazar Toledano a figurar en la fórmula



A raíz del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, Moreno Uriegas quedó investida como secretaria general de su partido. Esa designación debe ser atribuida a una de dos personas, el presidente Salinas o el doctor Zedillo.

priísta al Senado, por el Distrito Federal, junto con don Fernando Solana (no por reparos hacia éste, por supuesto, sino a causa de su respetable opinión sobre la tarea legislativa), abrió a María de los Angeles el camino a una nueva experiencia parlamentaria. Y la semana pasada, a raíz del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, quedó investida como secretaria general de su partido.

Esa designación debe ser atribuida a una de dos personas, el presidente Salinas o el doctor Zedillo. Si este último decidió nombrarla, hay que aplaudir la flexibilidad de su carácter, capaz de admitir algún género de valer en alguien a quien descalificaba; o de reconocer que la urgencia del momento impone el ejercicio de una de las virtudes cardinales del priísmo, que es su capacidad de aglutinar a los diversos.

Pero en apariencia al menos, la posición del candidato presidencial triunfante se orientaba a nombrar a Esteban Moctezuma, su antiguo subsecretario en la SEP, y quien era ya secretario general adjunto, o sea el primero en la línea de sucesión. Si en cambio el nombramiento fue para María de los Angeles, la decisión misma denuncia su fuente: la voluntad del presidente Salinas, en cuyo caso se abre una nueva interrogación para saber si obró en consonancia con Zedillo o a la luz de su propio interés, como lo hizo seis meses antes con Ruiz Massieu, que entonces fue tan bienvenido en el equipo zedillista como el frío en Acapulco.

Si daña a la salud pública que el Ejecutivo sea jefe de su partido y designe por lo tanto a sus líderes, mucho peor resulta que ese papel corresponda no al nuevo Presidente, sino al que desde su retiro o desde Ginebra pretenda aligerar sus nostalgias con reliquias de poder.

Y a otra cosa: ruego a los lectores tomar nota de que esta Plaza Pública dejará de aparecer por unos días, para que todos descansemos.

CAJÓN DE SASTRE

El jueves pasado murió el profesor y licenciado en derecho, Manuel Sánchez Vite, un político representante paradigmático de un pasado que se resiste a retirarse. Dirigente magisterial, encabezó su sindicato cuando el oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública era el licenciado Luis Echeverría. Interlocutores en esa segunda mitad de los cincuenta, enlazaron una amistad que se convirtió en compadrazgo familiar y en alianza política. Secretario de Gobernación, Echeverría influyó para que Sánchez Vite fuera gobernador de Hidalgo, en 1969, y ya presidente de la República lo hizo líder nacional del PRI. Allí se enturbió la relación, que se transformó en enemistad cuando Sánchez Vite fue despedido de ese cargo en 1972. Más tarde el vínculo se pudrió por completo, cuando se infirieron recíprocamente golpes con motivo de la sucesión de gobernador, en 1975.